

RETRATOS CONTEMPORÁNEOS  ANTONIO LUCAS

Veinte años después de los salvajes atentados terroristas en cuatro trenes de Madrid recordamos la intervención en el Congreso de la entonces presidenta de la Asociación 11-M de Afectados de Terrorismo. Algunos diputados de la oposición la despreciaron de manera infame

Pilar Manjón, no sólo víctima de terrorismo

DESPUÉS de los atentados del 11-M quedó humeando, hasta hoy, un arma de largo alcance: la mentira. La mentira de un Gobierno desalojado democráticamente en unas elecciones generales por mentir a conciencia sobre quiénes cometieron aquel crimen. El de los 193 muertos, los miles de heridos, las tantas familias arrasadas, los millones de ciudadanos entre el estupor y la vergüenza por cómo algunos buscaron donde nada había, donde no hubo rastro. ETA no fue: lo recuerdan en el aniversario policías, servicios de inteligencia, jueces, fiscales. Así que parece que no fue ETA.

En el centro de aquel fuego cruzado de la política de peor empaque, de más descaro vergonzante, irrumpió Pilar Manjón. Hace 20 años. La primera presidenta de la Asociación 11-M Afectados de Terrorismo, placentina de 1958, afiliada al sindicato Comisiones Obreras desde finales de los 70. Supimos de ella cuando ya vestía de luto. Y así apareció en el Congreso de los Diputados para intervenir como portavoz en la Comisión de Investigación sobre el 11 de marzo de 2004. Desplegó durante algo más de una hora palabras exactas, un invendible dolor, una representativa dignidad de madre huérfana de hijo, de enlace emocional y justo de todos los que padecieron la salvajada de los atentados.

«Pretenden someternos al discurso de la polarización (...). No vamos a caer en ese despropósito», dijo en el minuto 15:59 al 16:16. Estos peces no querían picar ese anzuelo burdo. La polarización, palabra feísima, es la manera profiláctica de llamar al odio inducido, avivado a conciencia, trasunto de oscuros intereses creados; y con qué extrema saña.

Aquel discurso era el lamento de una multitud rota hablando por una sola garganta de su daño burlado. Del crimen terrorista primero y de la mentira política después. Aquel discurso fue una demoledora descarga, serena, serenísima, contra las estúpidas provocaciones de algunos diputados del PP.

No conozco a Pilar Manjón, aunque recuerdo bien aquellos folios que leyó con sonora expresión doliente. La manera en que lo hizo no buscaba más efecto que poner al día de la herida multitudinaria. Fue la manera de desenmascarar, sin levantar la voz, a quienes la despreciaron en las Cortes. No un ajuste de cuentas, sino una legítima defensa. Los que debían escuchar se mofaban cobrándose su indiferencia salinosa al ciento por uno. Los que debían escuchar, digo, eran entonces representantes de la



MARISCAL / EFE

soberanía popular. Aquella mañana incumplieron, de nuevo, su obligación de atender con una mínima dignidad a una mujer con el hijo reventado por las bombas de los trenes. Una ciudadana invitada

a manifestarse por todos los muertos y los vivos de aquellas explosiones. Esto no conviene olvidarlo.

Hablo de aquella Pilar Manjón, la de ese mismo 2004. La que no se arrugó por las violencias escenificadas de la política de fosa séptica. De esa hablo. No de la autora de tuits *fuera* *acho*. Ni de la mujer con sus *vendettas* con otras asociaciones de víctimas del terrorismo. Me quedo con la que fue a exigir verdades a la estación de las mentiras. Gobernaba Aznar, como todo el mundo sabe. Es vergonzoso y peligroso lo que ocurrió en los tres días siguientes al crimen masivo perpetrado por los islamistas radicales. El arte político que se practicó es de los más infames, como avisó en la sextina Gil de Biedma: «...son hombres quienes han vendido al hombre, / los que han convertido a la pobreza / y secuestrado la salud de España». Conviene recordar la insalubridad de aquella marrullería tan desmontable.

Y digo yo: ¿ni uno sólo se arrepiente de arrastrar por el cieno lo que representaba entonces esta mujer? Aunque sólo sea para no despreciarse ante el espejo cuando se peinen por la mañana. Pilar Manjón daba cuerpo y palabras a una multitud vapuleada. Y demostró tener conciencia clara, fuerte y limpia cuando les habló en la Carrera de San Jerónimo, pues sólo donde hay conciencia hay finalidad. Las víctimas vivas del 11-M buscaban ese día justicia, apenas esto. Es lo que fue a decir —justicia— al Congreso de los diputados el 15 de diciembre aquel, donde denunció el jolgorio de los indecentes. Por qué no va a ser aquel uno de los días de la vergüenza, si millones de ciudadanos lo vimos en directo. Hubo diputados en la comisión leyendo el periódico mientras ella, la invitada, exponía razones colectivas. No deja de ser otra bajeza. Una catástrofe moral.

Veinte años después, aquella intervención mantiene intacto su calibre y su escalofrío. «Yo no he venido aquí a darles pena». Fue lo último que dijo. Quienes aún insisten en la conspiración pueden tener toda la razón que quieran, pero nunca la razón de lo que hicieron a esta madre. Alguno sigue haciendo por ahí vida de alterne. Ella continúa su batalla, como los demás, aunque sin hijo.

Su intervención en el Congreso, en 2004, no debe olvidarse

La actitud de algunos legisladores fue una catástrofe moral



EL PRIMER CRUCE
DAVID MEJÍA

El despotismo y el novio de Ayuso

QUÉ bueno sería que el Gobierno juzgara a sus socios con el mismo criterio que a los novios de Isabel Díaz Ayuso. Es una pena que su escrupulo legalista no vaya más allá de las parejas de sus adversarios, porque esto le resta credibilidad. ¿Qué son los 350.000 euros que Hacienda reclama al tal Alberto González Amador frente a los 9,5 millones que quedan perdonados con la Ley de Amnistía? Es evidente que lo determinante no es el delito, sino el grado de complicidad del delincuente con el PSOE. Por eso un Gobierno que ha normalizado los pactos con prófugos y convictos no es el más autorizado para señalar a

una rival por amancebarse con un (supuesto) defraudador.

El Gobierno ha pretendido utilizar el asunto del novio de Ayuso como bomba de distracción ante las dos corrupciones que lo acechan: la Ley de Amnistía y el caso Koldo. Pero lejos de tapar esos dos escándalos, ha añadido un tercero a su sumario particular. Lo más grave del caso González Amador no son las facturas

falsas, ni su deuda con Hacienda, sino la responsabilidad del Gobierno en su filtración. Primero fueron las declaraciones de María Jesús Montero, vicepresidenta y ministra de Hacienda, divulgando información confidencial que tardaría horas en ser pública. Después vino la filtración, por orden del fiscal general del Estado, de las conversaciones extrajudiciales entre el abogado y el fiscal del caso, vulnerando así el obligado secreto profesional y, por tanto, lesionando el derecho a la defensa del investigado. Si fuéramos una sociedad tan intolerante al despotismo como a la lactosa, García Ortiz ya habría dimitido.

La democracia sufre cuando el partido que gobierna se confunde con el Gobierno, y entra en crisis cuando el Gobierno se apodera del Estado. La perversa alineación entre Hacienda y Fiscalía en este caso es muy alarmante, principalmente porque su objetivo no es que un ciudadano poco ejemplar salde sus deudas con el erario, sino intimidar a la oposición. Y esta instrumentalización partidista de los resortes del Estado provoca que muchos ciudadanos comiencen a temer a instituciones, como la Fiscalía, cuya misión es protegerlos. Esta es la otra cara de la amnistía: una sociedad que asume que unos ciudadanos se libren de la cárcel por sus ideas está más cerca de asumir que otros sean encarcelados por las suyas.